

C. Alarcón CABRERA

EUROPA DEL ESTE Y EL “FIN” DE LA HISTORIA

Eastern Europe and the “End of History”

This paper represents an answer to Hermann Tertsch's book *The Revenge of History*. The German author, starting from the Yugoslav conflict, formulates a veritable theory of the history, through which he shows that the Western world is suffering today the consequences of the failure of previous decisions. Thus, the dismembering of Yugoslavia and Czechoslovakia or the interethnic conflicts in Transylvania could be regarded as the direct effect of the Paris treaty system. Cabrera, professor of law philosophy at the University of Seville, fights against these ideas, considering that “to think that the time when revenge of history is coming or, which is the same thing, to admit that we have been defeated by history can be paradoxically equal with inaugurating the end of history, with believing in our triumph against history, because both positions are marginalizing the complete man to an element transforming the reality”. *The Revenge of History* is the mirror image of Fukuyama's historical optimism.

Comparto en líneas generales las tesis que formula Hermann Tertsch en su reciente libro “La Venganza de la Historia”¹. Occidente estaba equivocado cuando creía, tras la caída de muro de Berlín, que había “vencido” a la Historia. No nos hallábamos, como pretendía Fukuyama, ante el “fin” de la Historia, ante un final feliz marcado por el triunfo en la guerra fría del capitalismo sobre el comunismo, del bien sobre el mal. Esta concepción de la Historia, tradicionalmente defendida por la cultura judeo-cristiana, que la racionalizaba como progreso hacia la perfección terrenal de la raza humana, y reforzada desde la Ilustración con la supuesta percepción de la evolución positiva y lineal de la humanidad, decayó como consecuencia de la resignación ante la realidad bélica contemporánea, pero se recuperó cuando los regímenes comunistas arrojaron la toalla y reconocieron haber perdido el desafío ideológico y material que disputaban.

Trescientos años antes que Fukuyama, Giambattista Vico definía la Historia como el fruto de la providencia divina, que determina el progreso de las civilizaciones en tanto que “mente eterna e infinita que todo lo penetra y preside.... Y que dispone en un fin universal lo que los hombres o pueblos

¹ TERTSCH, Hermann, *La Venganza de la Historia*, Aguilar – EL PAIS, Madrid, 1993

particulares a sus fines particulares dispusieron”². Pero fue Hegel quien más firmemente sostuvo que la razón divina universal había elaborado un plan que la Historia debía representar para satisfacer su fin último a través de un recorrido que también habría de incluir periodos de ruina cultural que antes o después se superarían. Bastaba entonces con explicar los hechos deduciendo lo que “debía ser” de lo que “era”. La Historia era un muestra de la intención del “espíritu” de “llegar a ser lo que es en sí”, era el progreso en la concinencia de la libertad, “progreso que debemos conocer en su necesidad.... El espíritu, fatalmente, realizará lo que debe realizar. Esta realización es a la vez su decadencia, y ésta la aparición de un nuevo estadio...”³. Como Vico y Hegel, los pseudooptimistas de finales de los ochenta parecían caracterizar al hombre como un ser sin voluntad se deja llevar abstractamente por la Historia. Desde luego, no era el momento para recordar el mensaje existencialista que afirmaba que el hombre estaba condenado a ser libre y debía reivindicar las consecuencias de su libertad, ni mucho para citar al Sartre de “El Ser y la Nada”: “ni las peores situaciones de guerra son “inhumanas”; si participo en una guerra, esta guerra es mía. La merezco porque siempre podía haberme sustraído a ella. La he elegido, por flaqueza, por cobardía ante la opinión pública o porque prefiero ciertos valores a la negociación de hacer la guerra”⁴.

Sólo cuatro años después, estas últimas palabras cobran trágica actualidad. No parece que los responsables directos e indirectos de masacres como las de los Balcanes sean mucho más “humanos” que quienes participaron en guerra pasadas. Aun admitiendo que la Historia “hubiera terminado”, sería difícil aceptar que en ella el hombre “ha vencido”. Podría insistirse en que hemos llegado al “fin de la Historia”, pero en todo caso no sería un final nada feliz. Ahora bien, ¿estaríamos, como sugiere Tertsc, ante la “Venganza de la Historia”? Y si así fuera, ¿en qué sentido y contra quién se ejercería esa venganza? ¿Seríamos los occidentales, como responsables del reparto territorial y esferas de influencia posteriores a cada una de las “tres” guerras mundiales – la guerra “caliente” de 1914 a 1918, la guerra “caliente” de 1939 a 1945 y la guerra “fría” de 1945 a 1989 – quienes a sufriríamos?

De las tesis de Tertsc se desprende una respuesta afirmativa a última pregunta. Como diseñadores de fronteras entre nuevos países en 1919, entre nuevos bloques en 1945, y entre nuevos países y nuevos bloques desde 1989,

² VICO, Gimabattista, *Ciencia Nueva*, trad. cast. y prólogo de J. Carner, Fondo de Cultura Económica, México, 1978, pp.44 y ss....

³ HEGEL, Jorge Guillermo Federico, *Filosofía de la Historia Universal*, trad. cast. de J. Gaos, Anaconda, Buenos Aires, 1946, pp.15 y 16 y ss....

⁴ SARTRE, Jean – Paul, *El Ser y la Nada*, trad. cast. de J. Valmer, Losada, Buenos Aires, 1968, pp. 675 y ss..

debemos compartir las secuelas del fracaso de nuestras decisiones. La unión de Bohemia y Moravia con Eslovaquia para formar Checoslovaquia, la reducción del territorio húngaro en beneficio de Rumanía, Serbia y Eslovaquia, y sobre todo, la constitución de Yugoslavia, todas ellas decisiones acordadas en el contexto del final de la Primera Guerra Mundial, han demostrado ser, a juicio de Tertsch, contraproducentes. Más graves aún habrían sido las derivaciones de la Conferencia de la Yalta, convalidada implícita o explícitamente por la opinión pública occidental. Y quién sabe a dónde llevarán las indecisas, débiles y desafortunadas tomas de postura de la comunidad internacional en los últimos años ineficaces para contrarrestar hechos como la limpieza étnica en la Eslavonia y la Krajina croatas en Bosnia-Herzegovina, la represión de los albaneses de Kosovo, el peligrosísimo veto griego, a la independencia de la Macedonia exyugoslavia o la imposición de la voluntad de la minoría rusa en Moldavia sobre la mayoría de origen rumano. Sería lógico, por consiguiente, el temor a que la Historia personificada en los maltratados pueblos europeos centroorientales y balcánicos, prepare su venganza contra quienes generaron tal estado de cosas.

Sin embargo, no puedo asegurar que disrepe mucho menos de la interpretación de la Historia en clave de venganza que de aquella otra a la que precisamente esta se opone. En particular, aprecio como destinada al atribución del mismo culpabilidad a los Tratados de Versalles y de Trianon que a las Conferencias de Teherán, Yalta y San Francisco, y que a las iniciativas diplomáticas de la Comunidad Europea y de la O.N.U. para contener las actuales ansias ultranacionalistas. Se engaña Tertsch si realmente considera que los dramáticos sucesos que diariamente nos relata no se producirían si los ganadores de la Primera Guerra Mundial hubieran propuesto soluciones diferentes para Europa del Este. La ruptura entre checos y eslovacos comenzó a fraguarse cuando se fue consciente del fracaso ideológico y económico del régimen dictatorial impuesto en 1948, y contrasta con la armonía en que vivieron estos dos pueblos en la Checoslovaquia de entreguerras. En cuanto a la tensión existente en Transilvania entre la “minoría” húngara y la “mayoría” rumana, responde ante todo a actitudes radicales nacionalistas heredadas en hábitos políticos del estilo singularmente siniestro de conducir el Estado rumano de Gheorghiu Dej y de Ceausescu. Por último, no creo que erraran franceses, ingleses y americanos al idear en 1919 un reino de los “serbios, croatas y slovenos”, ni siquiera al propiciar la fundación de la República Federal presidida por Tito, sino que fue la inexistencia de cauces democráticos de expresión la que impidió durante cuarentaycinco años que se cerraran las heridas abiertas por “ustahas” y “cetniks”.

En definitiva, pensar que llega la hora de la venganza de la Historia, o lo que es mismo, de asumir que hemos “perdido” la Historia, que hemos sido “vencidos” por la Historia, puede ser paradójicamente similar a augurar el fin de la Historia, a confiar en nuestro “triunfo” sobre la Historia, porque ambas posiciones coinciden en marginar al hombre concreto como elemento transformador de la realidad. Norberto Bobbio se ha referido a tres metáforas que resumen las diferentes perspectivas sobre el papel del hombre en la Historia⁵. La primera alude a una botella vacía y abierta con una mosca en su interior – que representa al hombre – que, con la ayuda del filósofo, trata de salir al exterior. La segunda es más pesimista porque concibe al hombre como un pez en una red que al abrirse significa su final, por lo que su único consuelo es disponer del tiempo que le resta de vida. La tercera presenta un laberinto del que existe alguna manera de salir, pero no es conocida por nadie. El ser humano sólo puede utilizar su experiencia descartando los caminos que encuentra bloqueados iniciando los restantes. La primera metáfora sirve para ilusionar a quienes quieren vencer a la Historia, la segunda refleja la venganza de la Historia, y sólo la tercera imagina al hombre como un ser no intimidado por su circunstancialidad y capaz de combatir contra lo que le repele del mundo que le rodea.

Sevilla

⁵ BOBBIO, Norberto, *El problema de la guerra y las vías de la paz*, trad. cast. de J. Binagui, Gedisa, Barcelona, 1982, pp. 21 y ss..